

PETRARCA, LUZ Y GUÍA DEL RECUERDO

MARIANO DE PACO
Universidad de Murcia

Ignacio Borgoñós recibió por su novela *Ánimos sombríos* uno de los Premios al «Libro Murciano del Año 2006». Formé parte del jurado que le concedió el de Narrativa (a él le habían precedido algunos galardones, desde el Murcia Joven de 1999, y le siguieron otros) en esa celebración creada por el esfuerzo y el tesón del desaparecido Mariano Sánchez Gil. Me satisfizo esa novela, al igual que lo ha hecho *Recitando a Petrarca*¹, por cuya edición cabe felicitar a Alfaqueque Ediciones, que, haciendo honor a su nombre, ha querido «redimir» y sacar del cautiverio del desconocimiento un valioso texto, con el que otras no se habrían atrevido a causa de la juventud del autor y de las más que repetidas dificultades que tantas veces sirven de mera excusa para la incapacidad de riesgo.

Conforme me adentraba en la lectura de *Recitando a Petrarca* me iban sorprendiendo detalles o circunstancias que, con improbable casualidad, remitían al mencionado *Ánimos sombríos*, del propio Borgoñós: desde el maduro catedrático mujeriego protagonista y su obligado exilio, a la nítida coincidencia en el nombre de sus jóvenes amantes (Alba – Bianka); desde los cafés de Murcia y Budapest en los que a veces se desarrollaba la acción (Andrea's – New York – Hungría), a la minuciosa descripción de esas ciudades; desde las amenazas que turban la vida a los amores de otro tiempo; desde la existencia de unos sacerdotes claves en la acción, a la importancia de la memoria de pasiones que quizá se creían idas... Pero la destreza del autor me hizo ver con un apunte, quizá no para todos perceptible, que con ellos el novelista se recreaba en signos de una obra pasada para componer otra sustancialmente distinta: «ánimos sombríos» son las dos últimas palabras de la novela que tiene ese título; «recitando a Petrarca» es la frase final de la que así se denomina.

Estamos, pues, es claro, ante una novela que enlaza con la anterior pero que, no sólo por su mayor extensión y complejidad, nos ofrece un universo enriquecido y un

¹ Ignacio Borgoñós, *Recitando a Petrarca*, Cieza, Alfaqueque Ediciones, 2009.

lenguaje más elaborado que los de la que ya apreciábamos. Y aún con otro leve gesto-engarce en el que el autor se complace: entre los libros que recoge Andrés Mena antes de irse a la radio en el capítulo segundo de *Ánimos sombríos* está el de «unos versos escogidos de Petrarca» y Petrarca es, sin duda alguna, guía del recuerdo, huella indeleble y lema indestructible (por más que algunos personajes se empeñen en lo contrario), de esta novela.

En su primer capítulo (no hay numeración ni epígrafes o títulos en los veintiséis que la componen) encontramos a un Gabriel Siloé, en el que se alojan fama y decrepitud, abatido en un banco junto al Danubio. En esos momentos el gastado volumen del *Cancionero* de Petrarca que ahora y siempre lo acompaña es su señera luz; y él lo llevará por medio de acciones y reminiscencias a un pasado que emerge en la fotografía que en sus páginas se guarece. A partir de ahí, envuelto por misterios que se acrecientan y se deshacen lentamente, con la fugaz señal de una llamada sin remite, transcurre un viaje físico que transporta acción y personaje desde el Budapest en el que ahora habita hasta el Toledo de sus orígenes. A él se une un desplazamiento interior que lo induce a dejar de lado el más acreditado premio de su carrera profesional (sin olvidar, eso sí, la fecunda y simbólica utopía de los puentes de «Las manos de Europa») para reconquistar la insegura pero maravillosa recompensa a la que el poeta lo incita («Como quien nunca ha visto lo increíble...»).

Antes he señalado algunas similitudes que Borgoñós ha querido establecer entre la novela premiada en 2006 y ésta que ha resultado finalista del Premio Vargas Llosa. Pero ésta supone un notable progreso en su alcance por su trabada composición; por la riqueza de sus imágenes; por la capacidad sugestiva de sus descripciones; por la hábil interrupción y unión de las historias; por la medida y progresiva conexión de personajes y sucesos; por el refinado hallazgo de la presencia de Petrarca, más aún, de su *Cancionero*, como un mecanismo esencial y no meramente bello o «culturalista»; el lírico y humanista italiano del trecento es, finalmente, el conductor del que considero gran acierto de la estructura de la novela: el recuerdo disfrazado de evocación plácida o de remembranza y pesadilla violentas, de invocación sentida o de recordación soñada que conforman las vidas de los personajes protagonistas (y no sólo de ellos) de esta historia con tan múltiples derivaciones.

Borgoñós acierta al ligar los insondables elementos de la pasión y del deseo que enaltecen al ser humano (en lo que puede tener éste de verdaderamente noble) con abyectos designios y las más innobles acciones de los hombres. A veces se mezclan en lógica y real visión de lo que acontece; otras se separan hasta límites extremos en los que el lector precisa una visión irónica que los dote de valor simbólico.

Algo semejante podría decirse de la configuración, a veces no exenta de desmesura, de los personajes (empezando, como es lógico, por los protagonistas); trazados

de muy distinta manera, nos hace amarlos, respetarlos, compadecerlos (pensemos, como singular ejemplo, en la evolución ante nuevas sensaciones de los juiciosos catedráticos de Budapest...), despreciarlos y hasta odiarlos.

El autor ha dedicado una especial atención a los valores expresivos del lenguaje, a la creación de una lengua que, sin impedir la directa intelección de lo narrado, se divierte en la inusual elección de los términos, en la peculiaridad de su combinación, en la originalidad de una especie de reconocedores «epítetos épicos», en cierta extrañeza de las construcciones verbales o en el empleo de una eficaz sobriedad expresionista junto a instantes de querida retórica. En esta labor se prodigan aciertos que, sin duda, Borgoñós irá extendiendo a otros momentos menos conseguidos.

Merece destacarse cómo en el texto el «caprichoso destino», el enigma y el permanente misterio se combinan con las acciones elegidas, con los sucesos pretendidos. Un aire de tragedia griega se concilia con pasajes de novela negra y con otros que traen a la memoria una particular y acusada manera de novela sentimental. Incluso, con la detallada información de acontecimientos histórico-políticos o de motivos artísticos, a veces entroncados en la acción (como ocurre con la presencia del Monasterio de San Juan de los Reyes, especialmente en el «sueño» de la protagonista o en el reconocimiento y la «batalla» final) que, en alguna ocasión, sin embargo, constituyen un cierto lastre que procura más enseñanza o recreación que funcionalidad argumental.

El capítulo final, con la exposición de «Las manos de Europa: arquitectura para la unión de los pueblos» en el Instituto Cervantes de Budapest, resulta una especie de anagnórisis en la que, no sin ironía, se componen todos los elementos que han ido apareciendo a lo largo de las páginas del libro y, sobre todos ellos, se levantan los versos del *Cancionero*, una cita esencial en *Recitando a Petrarca*, recomendable lectura de la que afortunadamente disponemos gracias a la voluntad de Ediciones Alfaqque y al ingenio creativo de Ignacio Borgoñós.